

CAPÍTULO XVIII.

Incendio en el meson: saca de él á todos un judiciario llamado Soldino: llévalos á su cueva, donde les pronostica felices sucesos.

EN esto estaban quando entró por la puerta del meson un hombre, cuya larga y blanca barba mas de ochenta años le daba de edad: venia vestido ni como peregrino, ni como religioso, puesto que lo uno y lo otro parecia: traía la cabeza descubierta, rasa y calva en el medio, y por los lados luengas y blanquísimas canas le pendian: sustentaba el agoviado cuerpo sobre un retorcido cayado que de báculo le servia. En efecto, todo él y todas las partes representaban un venerable anciano, digno de todo respeto: al qual apénas hubo visto la dueña del meson, quando hincándose ante él de rodillas, le dixo: contaré yo este dia, padre Soldino, entre los venturosos de mi vida, pues he me-

recido verte en mi casa , que nunca vienes á ella sino para bien mio ; y volviéndose á los circunstantes , prosiguió diciendo : este monton de nieve , y esta estatua de mármol blanco que se mueve , que aquí veis , señores , es la del famoso Soldino , cuya fama no solo en Francia , sino en todas partes de la tierra se extiende. No me alabeis , buena señora , respondió el anciano , que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira : no la entrada , sino la salida hace á los hombres venturosos. La virtud que tiene por remate el vicio , no es virtud , sino vicio ; pero con todo esto quiero acreditarme con vos en la opinion que de mí teneis : mirad hoy por vuestra casa , porque de estas bodas y de estos regocijos que en ellas se preparan se ha de engendrar un fuego que casi toda la consume. A lo que dixo Croriano , hablando con Ruperta su esposa : este sin duda debe de ser mágico ó adivino , pues predice lo por venir : entreoyó esta razon el anciano y respondió : no soy mago ni adivino , si-

no judiciario , cuya ciencia , si bien se sabe , casi enseña á adivinar : creedme , señores , por esta vez siquiera , y dexad esta estancia y vamos á la mia , que es en una cercana selva que aquí está , os dará , si no tan capaz , mas seguro alojamiento. Apénas hubo dicho esto , quando entró Bartolomé , criado de Antonio , y dixo á voces : señores , las cocinas se abrasan , porque en la infinita leña que junto á ellas estaba se ha encendido tal fuego , que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar. Tras esta voz acudiéron las de otros criados , y comenzáron á acreditarlas los estallidos del fuego. La verdad tan manifiesta acreditó las palabras de Soldino , y asiendo en brazos Periandro á Auristela , sin querer primero ir á averiguar si el fuego se podia atajar ó no , dixo á Soldino : señor , guíanos á tu estancia , que el peligro de ésta ya está manifiesto. Lo mismo hizo Antonio con su hermana Constanza y con Feliz Flora , la dama francesa á quien siguiéron Deleasir y Belarminia ; y la moza arrepentida de Talavera se

asíó del cinto de Bartolomé y él del cabestro de su bagage, y todos juntos con los desposados y con la huéspeda, que conocia bien las adivinanzas de Soldino, le siguiéron, aunque con tardo paso los guiaba. La demas gente del meson, que no habia estado presente á las razones de Soldino, quedáron ocupados en matar el fuego; pero presto su furor les dió á entender que trabajaban en vano, ardiendo la casa todo aquel dia; que á cogerles el fuego de noche, fuera milagro escapar alguno que contara su furia. Llegáron en fin á la selva, donde halláron una ermita no muy grande, dentro de la qual viéron una puerta que parecia serlo de una cueva obscura. Antes de entrar en la ermita, dixo Soldino á todos los que le habian seguido: estos árboles con su apacible sombra os servirán de dorados techos, y la yerba de este amenísimo prado, si no de muy blancas, á lo ménos de muy blandas camas: yo llevaré conmigo á mi cueva á estos señores, porque les conviene, y no porque los mejore en la estancia; y lue-

go llamó á Periandro, á Auristela, á Constanza, á las tres damas francesas, á Ruperta, á Antonio y á Croriano, y dexando otra mucha gente fuera, se cerró con estos en la cueva, cerrando tras sí la puerta de la ermita y de la cueva. Viéndose, pues, Bartolomé y la de Talavera no ser de los escogidos ni llamados de Soldino, ó ya de despecho, ó ya llevados de su ligera condicion, se concertáron los dos, viendo ser tan para en uno, de dexar Bartolomé á sus amos y la moza sus arrepentimientos, y así aliviáron el bagage de dos hábitos de peregrinos, y la moza á caballo y el galan á pie, diéron cantonada, ella á sus compasivas señoras, y él á sus honrados dueños, llevando en la intencion ir tambien á Roma como iban todos. Otra vez se ha dicho que no todas las acciones verisímiles ni probables se han de contar en las historias, porque si no se les da crédito, pierden de su valor; pero al historiador no le conviene mas de decir la verdad, parézcalo ó no lo parezca. Con esta máxîma, pues, el que escribió es-

ta historia , dice que Soldino con todo aquel esquadron de damas y caballeros baxó por las gradas de la escura cueva, y á ménos de ochenta gradas se descubrió el cielo luciente y claro , y se viéron unos amenos y tendidos prados, que entretenian la vista y alegraban las almas : y haciendo Soldino rueda de los que con él habian baxado, les dixo : señores , esto no es encantamento , y esta cueva por donde aquí hemos venido , no sirve sino de atajo para llegar desde allá arriba á este valle que veis , que una legua de aquí tiene mas fácil , mas llana y mas apacible entrada. Yo levanté aquella ermita , y con mis brazos , y con mi continuo trabajo cavé la cueva é hice mio este valle , cuyas aguas y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan : aquí huyendo de la guerra hallé la paz , la hambre que en ese mundo de allá arriba , si así se puede decir , tenia , halló aquí á la hartura : aquí en lugar de los príncipes y monarcas que mandan en el mundo á quien yo servia , he hallado á estos árboles mudos , que aunque altos

y pomposos, son humildes : aquí no suena en mis oídos el desden de los emperadores, el enfado de sus ministros : aquí no veo dama que me desdeñe ni criado que mal me sirva : aquí soy yo señor de mí mismo : aquí tengo mi alma en mi palma ; y aquí por vía recta encamino mis pensamientos y mis deseos al cielo : aquí he dado fin al estudio de las matemáticas , he contemplado el curso de las estrellas y el movimiento del sol y de la luna : aquí he hallado causas para alegrarme y causas para entristecerme, que aunque están por venir, serán tan ciertas , según yo pienso , que corren parejas con la misma verdad. Ahora, ahora , como presente , veo quitar la cabeza á un valiente pirata un valeroso mancebo de la casa de Austria nacido. ¡O si le viédes , como yo le veo, arrastrando estandartes por el agua , bañando con menosprecio sus medias lunas , pelando sus luengas colas de caballos , abrasando baxeles , despedazando cuerpos y quitando vidas ! ¡Pero ay de mí ! que me hace entristecer otro co-

ronado jóven , tendido en la seca arena, de mil moras lanzas atravesado , el uno nieto y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra , jamás , como se debe , alabado Cárlos V , á quien yo serví muchos años , y sirviera hasta que la vida se me acabara si no lo estorbara el querer mudar la milicia mortal en la divina. Aquí estoy, donde sin libros, con sola la experiencia que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo ó Croriano (y en saber yo tu nombre sin haberte visto jamás me acreditaré contigo) que gozarás de tu Ruperta largos años; y á tí, Periandro , te aseguro buen suceso de tu peregrinacion: tu hermana Auristela no lo será presto, y no porque ha de perder la vida con brevedad : á tí ó Constanza, que subirás de condesa á duquesa , y tu hermano Antonio al grado que su valor merece : estas señoras francesas , aunque no consigan los deseos que ahora tienen , conseguirán otros que las honren y contenten. El haber pronosticado el fuego , el saber vuestros nombres sin haberos visto jamás , las muer-

tes que he dicho que he visto ántes que vengan , os podrán mover si quereis á creerme , y mas quando halleis ser verdad que vuestro mozo Bartolomé con el bagage y con la moza castellana se ha ido y os ha dexado á pie. No le sigais porque no le alcanzareis : la moza es mas del suelo que del cielo , y quiere seguir su inclinacion á despecho y pesar de vuestros consejos. Español soy, que me obliga á ser cortés , y á ser verdadero : con la cortesía os ofrezco quanto estos prados me ofrecen , y con la verdad á la experiencia de todo quanto os he dicho. Si os maravillare de ver á un español en esta agena tierra , advertid que hay sitios y lugares en el mundo saludables mas que otros, y este en que estamos lo es para mí mas que ninguno. Las alquerías , caserías y lugares que hay por estos contornos , las habitan gentes católicas y santas : quando conviene recibo los sacramentos y busco lo que no pueden ofrecer los campos para pasar la humana vida. Esta es la que tengo , de la qual pienso salir á la

siempre duradera, y por ahora no mas, sino vámonos arriba, darémos sustento á los cuerpos, como aquí abaxo le hemos dado á las almas.

CAPITULO XIX.

Salen de la cueva de Soldino: prosiguen su jornada pasando por Milan y llegan á Luca.

Aderezóse la pobre, mas que limpia comida, aunque fué muy limpia cosa, no muy nueva para los quatro peregrinos, que se acordáron entónces de la isla bárbara, y de la de las ermitas donde quedó Rutilio, y adonde ellos comieron de los ya sazoados, y ya no frutos de los árboles. Tambien se les vino á la memoria la profecía falsa de los isleños y las muchas de Mauricio, con las moriscas del Xadraque, y últimamente las del español Soldino. Pareciá-les que andaban rodeados de adivinanzas, y metidos hasta el alma en la judiciaria astrología, que á no ser acredita-

da con la experiencia , con dificultad le diéran crédito. Acabóse la breve comida , salió Soldino con todos los que con él estaban al camino para despedirse de ellos , y en él echáron ménos á la moza castellana y á Bartolomé el del bagage ; cuya falta no dió poca pesadumbre á los quatro , porque les faltaba el dinero y la repostería. Mostró congojarse Antonio y quiso adelantarse á buscarle , porque bien se imaginó que la moza le llevaba , ó él llevaba á la moza , ó por mejor decir , el uno se llevaba al otro ; pero Soldino le dixo que no tuviese pena , ni se moviese á buscarlos , porque otro dia volvería su criado arrepentido del hurto , y entregaría quanto habia llevado. Creyéronlo , y así no curó Antonio de buscarle , y mas que Feliz Flora ofreció á Antonio de prestarle quanto hubiese menester para su gasto , y el de sus compañeros desde allí á Roma : á cuya liberal oferta se mostró Antonio agradecido lo posible , y aun se ofreció de darle prenda que cupiese en el puño , y en el valor pasase

de cincuenta mil ducados : y esto fué pensando de darle una de las dos perlas de Auristela , que con la cruz de diamantes guardadas siempre consigo las traía. No se atrevió Feliz Flora á creer la cantidad del valor de la prenda ; pero atrevióse á volver á hacer el ofrecimiento hecho. Estando en esto, viéron venir por el camino, y pasar por delante de ellos hasta ocho personas á caballo , entre las quales iba una muger sentada en un rico sillón ; y sobre una mula vestida de camino , toda de verde hasta el sombrero , que con ricas y varias plumas azotaba el ayre , con un antifaz asímismo verde , cubierto el rostro : pasáron por delante de ellos , y con baxar las cabezas, sin hablar palabra alguna , los saludáron y pasáron de larga : los del camino tampoco habláron palabra , y al mismo modo les saludáron. Quedábase atrás uno de los de la compañía , y llegándose á ellos pidió por cortesía un poco de agua : diéronsela y preguntáronle qué gente era la que iba allí adelante, y qué dama la de lo verde:

á lo que el caminante respondió: el que allí adelante vá, es el señor Alexandro Castrucho, gentilhombre Capuano, y uno de los ricos varones, no solo de Capua, sino de todo el reyno de Nápoles. La dama es su sobrina, la señora Isabela Castrucho, que nació en España, donde dexa enterrado á su padre, por cuya muerte su tio la lleva á casar á Capua; y á lo que yo creo no muy contenta. Eso será, respondió el escudero enlutado de Ruperta, no porque va á casarse, sino porque el camino es largo; que yo para mí tengo, que no hay muger que no desee enterrarse con la mitad que le falta, que es la del marido. No sé esas filosofías, respondió el caminante, solo sé que vá triste, y la causa ella se la sabe: y á Dios quedad, que es mucha la ventaja que mis dueños me llevan: y picando apriesa se les fué de la vista, y ellos despidiéndose de Soldino, le abrazáron, y le dexáron. Olvidábase de decir, como Soldino habia aconsejado á las damas francesas, que siguiesen el camino derecho de Roma

sin torcerle para entrar en París, porque así les convenia: este consejo fué para ellas como si se le dixerá un oráculo, y así con parecer de los peregrinos determináron de salir de Francia por el Delfinado, y atravesando el Piamonte y el Estado de Milan, ver á Florencia, y luego á Roma. Tanteado, pues, este camino con propósito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta allí camináron, otro dia al romper del alva viéron venir hácia ellos al tenido por ladron Bartolomé el bagagero detras de su bagage, y él vestido como peregrino. Todos gritáron quando le conocieron, y los mas le preguntáron, ¿qué huida habia sido la suya, qué traje aquel, y qué vuelta aquella? á lo que él, hincado de rodillas delante de Constanza, casi llorando respondió á todos: mi huida no sé como fué, mi traje ya veis que es de peregrino, mi vuelta es á restituir lo que quizá, y sin quizá en vuestras imaginaciones me tenia confirmado por ladron. Aquí, señora Constanza, viene el bagage con to-

do aquello que en él estaba, excepto dos vestidos de peregrinos, que el uno es este que yo traygo, y el otro queda haciendo romera á la ramera de Talavera, que doy yo al diablo al amor, y al bellaco que me lo enseñó: y es lo peor, que lo conozco, y determino ser soldado debaxo de su bandera, porque no siento fuerzas que se opongán á las que hace el gusto con los que poco saben. Échemé v. m. su bendicion, y déxeme volver, que me espera Luisa: y advierta que vuelvo sin blanca, fiado en el donayre de mi moza, mas que en la ligereza de mis manos, que nunca fuéron ladronas, ni lo serán, si Dios me guarda el juicio, si viviese mil siglos. Muchas razones le dixo Periandro para estorbarle su mal propósito, muchas le dixo Auristela, y muchas mas Constanza y Antonio; pero todo fué, como dicen, dar voces al viento, y predicar en desierto. Limpióse Bartolomé sus lágrimas, dexó su bagage, volvió las espaldas, y partió en un vuelo, dexando á todos admirados de su amor, y

de su simpleza. Antonio viéndole partir tan de carrera , puso una flecha en su arco , que jamas la disparó en vano, con intencion de atravesarle de parte á parte , y sacarle del pecho el amor y la locura : mas Feliz Flora, que pocas veces se le apartaba del lado , le travó del arco , diciéndole: déxale Antonio , que harta mala ventura lleva en ir á poder, y á sujetarse al yugo de una muger loca. Bien dices , señora , respondió Antonio ; y pues tú le das la vida , ¿quien ha de ser poderoso á quitársela? Finalmente , muchos dias caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada : entraron en Milan , admiróles la grandeza de la ciudad , su infinita riqueza , sus oros (que allí no solamente hay oro , sino oros) , sus bélicas herrerías , que no parece sino que allí ha pasado las suyas Vulcano , la abundancia infinita de sus frutos , la grandeza de sus templos , y finalmente la agudeza del ingenio de sus moradores. Oyéron decir á un huésped suyo , que lo mas que habia que ver en aquella ciudad , era la academia

de los Entronados , que estaba adornada de eminentísimos académicos , cuyos sutiles entendimientos daban que hacer á la fama á todas horas , y por todas partes del mundo. Dixo tambien , que aquel dia era de academia , y que se habia de disputar en ella , si podia haber amor sin zelos. Sí puede , dixo Periandro , y para probar esta verdad , no es menester gastar mucho tiempo. Yo , replicó Auristela , no sé que es amor , aunque sé lo que es querer bien. A lo que dixo Belarminia , no entiendo ese modo de hablar , ni la diferencia que hay entre amor y querer bien. Está , replicó Auristela , en que el querer bien puede ser sin causa vehemente que os mueva la voluntad , como se puede querer á una criada que os sirve , ó á una estatuera ó pintura que bien os parece ó que mucho os agrada , y estas no dan zelos , ni los pueden dar ; pero aquello que dicen que se llama amor , que es una vehemente pasion del ánimo , como dicen , ya que no dé zelos , puede dar temores que lleguen á quitar la vida : del

qual temor á mí me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera. Mucho has dicho, señora, respondió Periandro, porque no hay ningun amante que esté en posesion de la cosa amada, que no tema el perderla: no hay ventura tan firme, que tal vez no dé vayvenes: no hay clavo tan fuerte, que pueda detener la rueda de la fortuna; y si el deseo que nos lleva á acabar presto nuestro camino, no lo estorbára, quizá mostrara yo hoy en la academia que puede haber amor sin zelos, pero no sin temores. Cesó esta plática: estuviéron quatro dias en Milan, en los quales comenzáron é ver sus grandezas, porque á acabarlas de ver, no dieran tiempo quatro años. Partiéronse de allí, y llegaron á Luca, ciudad pequeña, pero hermosa y libre, que debaxo de alas del Imperio y de España, se descuella y mira esenta á las ciudades de los príncipes que la desean. Allí, mejor que en otra parte ninguna, son bien vistos y recibidos los españoles: y es la causa, que en ella no mandan ellos,

sino ruegan , y como en ella no hacen estancia de mas de un dia , no dan lugar á mostrar su condicion , tenida por arrogante. Aquí aconteció á nuestros pasajeros una de las mas extrañas aventuras que se han contado en todo el discurso de este libro.

CAPITULO XX.

De lo que contó Isabela Castrucho acerca de haberse fingido endemoniada por los amores de Andrea Marulo.

Las posadas de Luca son capaces para alojar una compañía de soldados : en una de las quales se alojó nuestro esquadron , siendo guiado de las guardas de las puertas de la ciudad , que se los entregáron al huésped por cuenta , para que á la mañana , ó quando se partiesen , la habia de dar de ellos. Al entrar vió la señora Ruperta , que salia un médico , que tal le pareció en el traje , diciendo á la huéspeda de la casa , que tambien le pareció no podia ser otra : Yo , señora , no me aca-

bo de desengañar si esta doncella está loca ó endemoniada, y por no errar, digo que está endemoniada y loca, y con todo eso tengo esperanza de su salud, si es que su tío no se da prisa á partirse. ¡Ay Jesus! dixo Ruper-
ta, y en casa de endemoniados y locos nos apeamos: en verdad, en verdad, que si se toma mi parecer no hemos de poner los pies dentro. A lo que dixo la huéspedada: sin escrúpulo puede v. señoría (que este es el merced de Italia) apearse, porque de cien leguas se puede venir á ver lo que está en esta posada. Apeáronse todos, y Auristela y Constanza, que habian oido las razones de la huéspedada, le preguntáron, ¿que habia en aquella posada, que tanto encarecia el verla? Vénganse conmigo, respondió la huéspedada, y verán lo que verán, y dirán lo que yo digo. Guió, y siguiéronla, donde viéron echada en un lecho dorado á una hermosísima muchacha, de adad, al parecer, de diez y seis ó diez y siete años; tenia los brazos aspa-
dos, y atados con unas vendas á los ba-

laustres de la cabecera del lecho , como que la querian estorbar el moverlos á ninguna parte : dos mugeres, que debian de servirla de enfermeras, andaban buscándole las piernas para atárselas tambien ; á lo que la enferma dixo : basta que se me aten los brazos , que todo lo demas las ataduras de mi honestidad lo tiene ligado ; y volviéndose á las peregrinas, con levantada voz dixo : figuras del cielo , ángeles de carne , sin duda creo que venis á darme salud , porque de tan hermosa presencia , y de tan cristiana visita , no se puede esperar otra cosa. Por lo que debeis á ser quien sois, que sois mucho , que mandeis que me desaten , que con quatro ó cinco bocados que me dé en el brazo , quedaré harta , y no me haré mas mal : porque no estoy tan loca como parezco , ni el que me atormenta es tan cruel , que dexará que me muerda. Pobre de tí , sobrina , dixo un anciano que habia entrado en el aposento , y quál te tiene ese que dices que no ha de dexar que te muerdas ! encomiéndate á Dios , Isa-

bela , y procura comer , no de tus hermosas carnes , sino de lo que te diere este tu tio , que bien te quiere. Lo que cria el ayre , lo que mantiene el agua , lo que sustenta la tierra te traeré , que tu mucha hacienda , y mi voluntad mucha te lo ofrece todo. La doliente moza respondió : déxenme sola con estos ángeles , quizá mi enemigo el demonio huirá de mí por no estar con ellos : y señalando con la cabeza que se quedasen con ella Auristela , Constanza , Rupertha y Feliz Flora , dixo que los demas se saliesen , como se hizo con voluntad , y aun con ruegos de su anciano y lastimado tio , del qual supieron ser aquella la gentil dama de lo verde , que al salir de la cueva del sabio español , habian visto pasar por el camino , que el criado que se quedó atras les dixo que se llamaba Isabela Castrucho , y que se iba á casar al reyno de Nápoles. Apénas se vió sola la enferma , quando mirando á todas partes dixo , que mirasen si habia otra persona en el aposento que aumentase el número de los

que ella dixo que se quedasen ; mirólo Ruperta , y escudriñólo todo , y aseguró no haber otra persona que ellos. Con esta seguridad sentóse Isabela como pudo en el lecho , y dando muestra de que queria hablar de propósito , rompió la voz con un tan grande suspiro , que pareció que con él se le arrancaba el alma ; el fin del qual fué tenderse otra vez en el lecho , y quedar desmayada , con señales tan de muerte , que obligó á los circunstantes á dar voces , pidiendo un poco de agua para bañar el rostro de Isabela , que á mas andar se iba al otro mundo. Entró el mísero tio , llevando una cruz en la una mano , y en la otra un hisopo bañado en agua bendita : entraron asimismo con él dos sacerdotes , que creyendo ser el demonio quien la fatigaba , pocas veces se apartaban de ella. Entró asimismo la huéspedica con el agua , rociáronle el rostro , y volvió en sí diciendo : excusadas son por ahora estas prevenciones : yo saldré presto , pero no ha de ser quando vosotros quisiéredes , sino quando á

mí me parezca , que será quando viniere á esta ciudad Andrea Marulo , hijo de Juan Bautista Marulo , caballero de esta ciudad ; el qual Andrea ahora está estudiando en Salamanca , bien descuidado de estos sucesos. Todas estas razones acabáron de confirmar en los oyentes la opinion que tenian de estar Isabela endemoniada , porque no podian pensar cómo pudiese saber ella Juan Bautista Marulo quien fuese , y su hijo Andrea , y no faltó quien fuese luego á decir al ya nombrado Juan Bautista Marulo lo que la bella endemoniada de él y de su hijo habia dicho. Tornó á pedir que la dexasen sola con los que ántes habia escogido : dixéronle los sacerdotes los evangelios, é hicieron su gusto, llevándole todos de la señal que habia dicho que daria quando el demonio la dexase libre , que indubitablemente la juzgáron por endemoniada. Feliz Flora hizo de nuevo la pesquisa de la estancia, y cerrando la puerta de ella, dixo á la enferma : solas estamos , mira , señora, lo que quieres. Lo que quiero es , res-

pondió Isabela, que me quiten estas ligaduras, que aunque son blandas me fatigan, porque me impiden. Hiciéronlo así con mucha diligencia, y sentándose Isabela en el lecho, asió de la una mano á Auristela, y de la otra á Rupertha, é hizo que Constanza y Feliz Flora se sentasen junto á ella en el mismo lecho: y así apiñadas en un hermoso monton, con voz baxa, y lágrimas en los ojos dixo: Yo, señoras, soy la infelice Isabela Castrucho, cuyos padres me diéron nobleza, la fortuna hacienda, y los cielos algun tanto de hermosura. Nacióron mis padres en Capua, Pero engendraronme en España, donde nací, y me crié en casa de este mi tio que aquí está, que en la corte del Emperador la tenia. ¡Válame Dios, y para qué tomo yo tan de atras la corriente de mis desventuras! Estando, pues, yo en casa de este mi tio, ya huérfana de mis padres, que á él me dexáron encomendada, y por tutor mio, llegó á la corte un mozo, á quien yo ví en una Iglesia, y le miré tan de pro-

pósito... (y no os parezca esto, señoras, desenvoltura, que no parecerá si consideráredes que soy muger): digo, que le miré en la Iglesia de tal modo, que en casa no podia estar sin mirarle, porque quedó su presencia tan impresa en mi alma, que no la podia apartar de mi memoria. Finalmente no me faltaron medios para entender quien él era, y la calidad de su persona, y qué hacia en la corte, ó donde iba; y lo que saqué en limpio fué, que se llamaba Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero de esta ciudad, mas noble que rico, y que iba á estudiar á Salamanca: en seis dias que allí estuvo, tuve órden de escribirle quien yo era, y la mucha hacienda que tenia, y que de mi hermosura se podia certificar viéndome en la Iglesia. Escribíle así mismo, que entendia que este mi tio me queria casar con un primo mio, porque la hacienda se quedase en casa, hombre no de mi gusto, ni de mi condicion, como es verdad: díxele así mismo, que la ocasion en mí le ofrecia sus ca-

bellos , que los tomase , y que no diese lugar en no hacerlo al arrepentimiento , y que no tomase de mi facilidad ocasion para no estimarme. Respondió , despues de haberme visto no sé quantas veces en la Iglesia , que por mi persona sola , sin los adornos de la nobleza y de la riqueza , me hiciera señora del mundo , si pudiera : y que me suplicaba durase firme algun tiempo en mi amorosa intencion , á lo ménos hasta que él dexase en Salamanca á un amigo suyo , que con él de esta ciudad habia partido á seguir el estudio. Respondile que sí haria , porque en mí no era el amor importuno , ni indiscreto , que presto nace , y presto se muere. Dexóme entonces por honrado , pues no quiso faltar á su amigo , y con lágrimas como enamorado , que yo se las ví verter pasando por mi calle el dia que se partió sin dexarme , y yo me fuí con él sin partirme. Otro dia , ¡ quien podrá creer esto ! ¡ qué de rodeos tienen las desgracias para alcanzar mas presto á los desdichados ! digo , que otro dia concer-

tó mi tío que volviésemos á Italia, y sin poderme excusar, ni valerme el fingirme enferma, porque el pulso y la color me hacian sana; mi tío no quiso creer que de enferma, sino de mal contenta del casamiento, buscaba trazas para no partirme. En este tiempo le tuve para escribir á Andrea de lo que me habia sucedido, y que era forzoso el partirme; pero que yo procuraria pasar por esta ciudad, donde pensaba fingirme endemoniada, y dar lugar con esta traza á que él le tuviese de dexar á Salamanca y venir á Luca, adonde á pesar de mi tío, y aun de todo el mundo, sería mi esposo: así que en su diligencia estaba mi ventura y aun la suya si queria mostrarse agradecido. Si las cartas llegóron á sus manos (que sí debieron de llegar, porque los portes las hacen ciertas) ántes de tres dias ha de estar aquí, yo por mi parte he hecho lo que he podido: una legion de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener una onza de amor en el alma, quando la esperanza desde lé-

jos la anda haciendo cocos. Esta es, señoras mías, mi historia, esta mi locura, esta mi enfermedad: mis amorosos pensamientos son los demonios que me atormentan: paso hambre, porque espero hartura; pero con todo eso, la desconfianza me persigue; porque, como dicen en Castilla, á los desdichados se les suelen helar las migas entre la boca y la mano. Haced, señoras, de modo que acrediteis mi mentira, y fortalezcáis mis discursos, haciendo con mío, que puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos días; quizá permitirá el cielo que llegue el de mi contento con la venida de Andrea. No habrá para qué preguntar si se admiraron ó no los oyentes de la historia de Isabela, pues la historia misma se trae consigo la admiracion, para ponerla en las almas de los que la escuchan. Ruperta, Auristela, Constanza y Feliz Flora le ofrecieron de fortalecer sus designios, y de no partirse de aquel lugar hasta ver el fin de ellos, pues á buena razon no podian tardar mucho.

CAPITULO XXI.

Llega Andrea Marulo: descúbrese la ficción de Isabela, y quedan casados.

Priesa se daba la hermosa Isabela Castucho á revalidar su demonio, y priesa se daban las quatro, ya sus amigas, á fortalecer su enfermedad, afirmando con todas las razones que podian, de que verdaderamente era el demonio el que hablaba en su cuerpo: porque se vea quien es el amor, pues hace parecer endemoniados á los amantes. Estando en esto, que seria casi al anochecer, volvió el médico á hacer la segunda visita, y acaso truxo con él á Juan Bautista Marulo, padre de Andrea el enamorado; y al entrar del aposento de la enferma dixo: vea vuesa merced, señor Juan Bautista Marulo, la lástima de esta doncella, y si merece que en su cuerpo de ángel se ande espaciando el demonio; pero una esperanza nos consue-

la, y es que nos ha dicho que presto saldrá de aquí, y dará por señal de su salida la venida del señor Andrea nuestro hijo, que por instantes aguarda. Así me lo han dicho, respondió el señor Juan Bautista, y holgaríame yo que cosas mias fuesen paraninfos de tan buenas nuevas. Gracias á Dios y á mi diligencia, dixo Isabela, que si no fuera por mí, él se estuviera ahora quedado en Salamanca haciendo lo que Dios se sabe. Créame el señor Juan Bautista, que está presente, que tiene un hijo mas hermoso que santo, y ménos estudiante que galan: que mal hayan las galas y las atildaduras de los mancebos que tanto daño hacen en la república, y mal hayan juntamente las espuelas que no son de rodaja, y los acicates que no son puntiagudos, y las mulas de alquiler que no se aventajan á las postas. Con estas fué ensartando otras razones equívocas: conviene á saber, de dos sentidos, que de una manera las entiendian sus secretarias, y de otra los demas circunstantes: ellas las interpretaban verdade-

ramente, y los demas como desconcertados disparates. ¿Donde visteis vos, señora, dixo Marulo, á mi hijo Andrea, fué en Madrid ó en Salamanca? No fué sino en Illescas, dixo Isabela, cogiendo guindas la mañana de San Juan al tiempo que alboreaba; mas si va á decir verdad, que es milagro que yo la diga, siempre le veo y siempre le tengo en el alma. Aun bien, replicó Marulo, que esté mi hijo cogiendo guindas y no espulgándose, que es mas propio de los estudiantes. Los estudiantes que son caballeros, respondió Isabela, de pura fantasía pocas veces se espulgan, pero muchas se rascan, que estos animalejos que se usan en el mundo tan de ordinario, son tan atrevidos, que así se entran por las calzas de los príncipes como por las frazadas de los hospitales. Todo lo sabes, maligno, dixo el médico, bien parece que eres viejo; y esto encaminando su razon al demonio, que pensaba que tenia Isabela en el cuerpo. Estando en esto, que no parece sino que el mismo satanás lo ordenaba, en-

tró el tío de Isabela con muestras de grandísima alegría, diciendo: albricias, sobrina mia, albricias, hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Juan Bautista que está presente: ea, dulce esperanza mia, cúmplenos la que nos has dado de que has de quedar libre en viéndole: ea, demonio maldito, *vade retro, exi foras*, sin que lleves pensamiento de volver á esta estancia por mas barrida y escombrada que la veas. Venga, venga, replicó Isabela, ese putativo ganimedes, ese contrahecho adonis, y deme la mano de esposo, libre, sano, y sin cautela, que yo le he estado aquí aguardando mas firme que roca puesta á las ondas del mar, que la tocan, mas no la mueven. Entró de camino Andrea Marulo, á quien ya en casa de su padre le habian dicho la enfermedad de la extranjería Isabela, y de como le esperaba para darle por señal de la salida del demonio. El mozo, que era discreto y estaba prevenido por las cartas que Isabela le envió á Salamanca de lo que ha-

bia de hacer si la alcanzaba en Luca, sin quitarse las espuelas acudió á la posada de Isabela, y entró por su estancia como atontado y loco, diciendo: afuera, afuera, afuera, aparta, aparta, aparta, que entra el valeroso Andrea, quadrillero mayor de todo el infierno, si es que no basta de una esquadra. Con este alboroto y voces casi quedáron admirados los mismos que sabian la verdad del caso, tanto que dixo el médico, y aun su mismo padre: tan demonio es este como el que tiene Isabela; y su tio dixo: esperábamos á este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal. Sosiégate, hijo, sosiégate, dixo su padre, que parece que estás loco. ¿No lo ha de estar, dixo Isabela, si me ve á mí? ¿No soy yo por ventura el centro donde reposan sus pensamientos? ¿No soy yo el blanco donde asestan sus deseos? Sí por cierto, dixo Andrea, sí, que vos sois señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo, y vida de mi muerte. Dadme la mano de ser mi esposa, señora mia, y sacadme de la es-

clavitud, en que me veo, á la libertad de verme debaxo de vuestro yugo: dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alzadme de la humildad de ser Andrea Marulo, á la alteza de ser esposo de Isabela Castrucho: vayan de aquí fuera los demonios que quisieren estorbar tan sabroso nudo, y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta. Tú dices bien, señor Andrea, replicó Isabela, y sin que aquí intervengan trazas, máquinas ni embelecocos, dame esa mano de esposo, y recíbeme por tuya. Tendió la mano Andrea, y en aquel instante alzó la voz Auristela, y dixo: bien se la pueden dar, que para en uno son. Pasmado y atónito tendió tambien la mano su tio de Isabela, y travó de la mano de Andrea, y dixo: ¿que es esto, señores, úsase en este pueblo que se case un diablo con otro? Que no, dixo el médico, que esto debe de ser burlando, para que el diablo se vaya: porque no es posible que este caso que va sucediendo pueda ser prevenido por entendimiento humano. Con todo eso, dixo

el tío de Isabela, quiero saber de la boca de entrámbos, qué lugar le daremos á este casamiento, el de la verdad, ó el de la burla. El de la verdad, respondió Isabela, porque ni Andrea Marulo está loco, ni yo endemoniada: yo le quiero, y escojo por mi esposo, si es que él me quiere, y me escoge por su esposa. No loco ni endemoniado, sino con mi juicio entero, tal qual Dios ha sido servido de dármele, y diciéndole esto, tomó la mano de Isabela, y ella le dió la suya, y con dos sies quedáron indubitablemente casados. ¿Que es esto? dixo Castrucho otra vez. Aquí de Dios, ¿como, y es posible que así se deshonen las canas de este viejo? No las puede deshonar, dixo el padre de Andrea, ninguna cosa mia: yo soy noble, y si no demasiadamente rico, no tan pobre que haya menester á nadie: no entro ni salgo en este negocio: sin mi sabiduría se han casado los muchachos, que en los pechos enamorados la discrecion se adelanta á los años; y si las mas veces los mozos en sus acciones disparan, muchas acier-

tan , y quando aciertan , aunque sea acaso , exceden con muchas ventajas á las mas consideradas. Pero mírese con todo eso si lo que aquí ha pasado puede pasar adelante , porque si se puede deshacer , las riquezas de Isabela no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo. Dos sacerdotes que se halláron presentes dixéron que era válido el matrimonio , presupuesto que si con parecer de locos le habian comenzado , con parecer de verdaderamente cuerdos le habian confirmado. Y de nuevo le confirmamos dixo Andrea , y lo mismo dixo Isabela. Oyendo lo qual su tio , se le cayéron las alas del corazon , y la cabeza sobre el pecho , y dando un profundo suspiro , vueltos los ojos en blanco , dió muestras de haberle sobrevenido un mortal parasismo. Llévaronle sus criados al lecho , levantóse del suyo Isabela , llevóla Andrea á casa de su padre como á su esposa , y de allí á dos dias entráron por la puerta de una iglesia un niño , hermano de Andrea Marulo á bautizar , Isabela y

Andrea á casarse, y á enterrar el cuerpo de su tío: porque se vean quan extraños son los sucesos de esta vida: unos á un mismo punto se bautizan, otros se casan, y otros se entierran. Con todo eso se puso luto Isabela: porque esta que llaman muerte, mezcla los tálamos con las sepulturas, y las galas con los lutos. Quatro dias mas estuviéron en Luca nuestros peregrinos y la esquadra de nuestros pasajeros, que fuéron regalados de los desposados, y del noble Juan Bautista Marulo. Y aquí dió fin nuestro autor al tercer libro de esta notable historia.



LIBRO CUARTO
DE LA HISTORIA
DE LOS TRABAJOS
DE PERSILES Y SIGISMUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

*Dase cuenta del razonamiento que pasó
entre Periandro y Auristela.*

Disputóse entre nuestra peregrina esquadra, no una, sino muchas veces, si el casamiento de Isabela Castrucho, con tantas máquinas fabricado, podia ser valedero; á lo que Periandro dixo que sí: quanto mas que no les tocaba á ellos la averiguacion de aquel caso; pero lo que á él le habia descontentado era la junta del bautismo, casamiento y la se-



*Sigismunda y Persiles a la entrada
de Roma tratan de sus amores.*

LIBRO CUARTO

LA HISTORIA

DE LOS TRABAJOS

DE LOS REYES Y SIGUIENTES



a lo que Periandro dixo que
 si: como si se los diera a ellos
 la a: que se les diera a ellos
 que se les diera a ellos

para el bano, castigo y la se-

pultura, y la ignorancia del médico, que no atinó con la traza de Isabela, ni con el peligro de su tío. Unas veces trataban en esto, y otras en referir los peligros que por ellos habian pasado. Andaban Croriano y Ruperta su esposa atentísimos, inquirendo quien fuesen Periandro y Auristela, Antonio y Constanza, lo que no hacian por saber quien fuesen las tres damas francesas, que desde el punto que las viéron fuéron de ellos conocidas. Con esto, á mas que medianas jornadas, llegaron á Aquapendente, lugar cercano á Roma, á la entrada de la qual villa, adelantándose un poco Periandro y Auristela de los demas, sin temor que nadie los escuchase ni oyese, Periandro habló á Auristela de esta manera: bien sabes (¡ó señora!) que las causas que nos moviéron á salir de nuestra patria y á dexar nuestro regalo fuéron tan justas como necesarias: ya los ayres de Roma nos dan en el rostro: ya las esperanzas que nos sustentan nos bullen en las almas: ya, ya hago cuenta que me veo en la

dulce posesion esperada. Mira , señora , que será bien que dés una vuelta á tus pensamientos , y escudriñando tu voluntad , mires si estás en la entereza primera , ó si lo estarás despues de haber cumplido tu voto , de lo que yo no dudo ; porque tu real sangre no se engendró entre promesas mentirosas , ni entre dobladas trazas. De mí te sé decir , ó hermosa Sigismunda , que este Perianandro que aquí ves es el Pérsiles , que en la casa del rey mi padre viste , aquel digo , que te dió palabra de ser tu esposo en los alcázares de su padre , y te la cumplirá en los desiertos de Livia , si allí la contraria fortuna nos llevase. Ibale mirando Auristela atentísimamente , maravillada de que Periandro dudase de su fe ; y así le dixo : sola una voluntad , ó Pérsiles , he tenido en toda mi vida , y esa habrá dos años que te la entregué , no forzada , sino de mi libre alvedrio , la qual tan entera y firme está ahora como el primer dia que te hice señor de ella : la qual , si es posible que se aumente , se ha aumenta-

do y crecido entre los muchos trabajos que hemos pasado. De que tú estés firme en la tuya me mostraré tan agradecida, que en cumpliendo mi voto, haré que se vuelvan en posesion tus esperanzas; pero dime, ¿que harémos despues que una misma coyunda nos ate y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Léjos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las agenas, sin arrimo que sustente la hiedra de nuestras incomodidades. No digo esto porque me falte el ánimo de sufrir todas las del mundo como esté contigo; sino dígolo, porque qualquiera necesidad tuya me ha de quitar la vida. Hasta aquí, ó poco ménos de hasta aquí, padecia mi alma en sí sola; pero de aquí adelante padeceré en ella y en la tuya; aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son mas que una. Mira, señora, respondió Periandro, como no es posible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dicen que cada uno es el artifice de ella desde el principio hasta el cabo; así yo

no puedo responderte ahora lo que haremos despues que la buena suerte nos junte : rómpase ahora el inconveniente de nuestra division , que despues de juntos , campos hay en la tierra que nos sustenten , y chozas que nos recojan , y atos que nos cubran ; que á gozarse dos almas que son una , como tú has dicho , no hay contentos con que igualarse , ni dorados techos que mejor nos alberguen. No nos faltará medio para que mi madre la reyna sepa donde estamos , ni á ella le faltará industria para socorrernos , y en tanto esa cruz de diamantes que tienes , y esas dos perlas inestimables , comenzarán á darnos ayudas ; sino que temo que al deshacernos de ellas se ha de deshacer nuestra máquina , porque ¿ cómo se ha de creer que prendas de tanto valor se encubran debaxo de una esclavina ? Y por venir dándoles alcance la demas compañía cesó su plática , que fué la primera que habian hablado en cosas de su gusto : porque la mucha honestidad de Auristela jamas dió ocasion á Periandro á que en secre-

to la hablase: y con este artificio y seguridad notable pasaron la plaza de hermanos entre todos quantos hasta allí los habian conocido; solamente en el desalmado y ya muerto Clodio pasó la malicia tan adelante, que llegó á sospechar la verdad. Aquella noche llegaron una jornada ántes de Roma, y en un meson, adonde siempre les solia acontecer maravillas, les aconteció esta, si es que así puede llamarse. Estando todos sentados á una mesa, la qual la sollicitud del huésped y la diligencia de sus criados tenian abundantemente proveida, de un aposento del meson salió un gallardo peregrino con unas escribanías sobre el brazo izquierdo, y un cartapacio en la mano; y habiendo hecho á todos la debida cortesía, en lengua castellana dixo: este traje de peregrino que visto, el qual trae consigo la obligacion de que pida limosna el que lo trae, me obliga á que os la pida, y tan aventajada y tan nueva, que sin darme joya alguna ni prendas que lo valgan, me habeis de hacer rico;

Yo, señores, soy un hombre curioso: sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio y Apolo. Algunos años me he dado al ejercicio de la guerra, y algunos otros, y los mas maduros, en el de las letras: en los de la guerra he alcanzado algun buen nombre, y por los de las letras he sido algun tanto estimado. Algunos libros he impreso, de los ignorantes no condenados por malos, ni de los discretos han dexado de ser tenidos por buenos: y como la necesidad, segun se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mio, que tiene un no sé que de fantástico é inventivo, ha dado en una imaginacion algo peregrina y nueva; y es, que á costa agena quiero sacar un libro á luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ageno, y el provecho mio: el libro se ha de llamar *Flor de Aforismos peregrinos*: conviene á saber, sentencias sacadas de la misma verdad, en esta forma: quando en el camino, ó en otra parte topo alguna persona cuya presencia muestre ser de ingenio y de

prendas, le pido me escriba en este cartapacio algun dicho agudo, si es que le sabe, ó alguna sentencia que lo parezca; y de esta manera tengo ajuntados mas de trescientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse, y no en nombre mio, sino de su mismo autor, que lo firmó de su nombre despues de haberlo dicho. Esta es la limosna que pido, y la que estimaré sobre todo el oro del mundo. Dadnos, señor español, respondió Periandro, alguna muestra de lo que pedís, por quien nos guiemos, que en lo demas sereis servido como nuestros ingenios lo alcanzaren. Esta mañana, respondió el español, llegaron aquí, y pasáron de largo un peregrino y una peregrina españoles, á los quales por ser españoles declaré mi deseo, y ella me dixo que pusiese de mi mano, porque no sabia escribir, esta razon.

Mas quiero ser mala con esperanza de ser buena, que buena con propósito de ser mala.

Y díxome que firmase: *La pere-*

grina de Talavera. Tampoco sabia escribir el peregrino, y me dixo que escribiese:

No hay carga mas pesada que la muger liviana.

Y firmé por él, *Bartolomé el Manchego.* De este modo son los aforismos que pido: y los que espero de esta gallarda compañía serán tales, que realcen á los demas, y les sirvan de adorno y de esmalte. El caso está entendido, respondió *Croriano*, y por mí, tomando la pluma al peregrino, y el cartapacio, quieró comenzar á salir de esta obligacion, y escribió:

Mas hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huida.

Y firmó, *Croriano.* Luego tomó la pluma *Periandro*, y escribió:

Dichoso es el soldado, que quando está peleando, sabe que le está mirando su principe.

Y firmó. Sucedióle el *Bárbaro Antonio*, y escribió:

La honra que se alcanza por la

guerra, como se graba en láminas de bronce, y con puntas de acero, es mas firme que las demás honras.

Y firmóse, Antonio el Bárbaro: y como allí no había mas hombres, rogó el peregrino, que tambien aquellas damas escribiesen, y fué la primera que escribió Ruperta, y dixo:

La hermosura que se acompaña con la honestidad, es hermosura, y la que no, no es mas de un buen parecer.

Y firmó. Segundóla Auristela, y tomando la pluma dixo:

La mejor dote que puede llevar la muger principal es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta, ó la fortuna la deshace.

Y firmó; á quien siguió Constanza escribiendo:

No por el suyo, sino por el parecer ageno, ha de escoger la muger el marido.

Y firmó. Feliz Flora escribió tambien, y dixo:

A mucho obligan las leyes de la obe-

diencia forzosa , pero á mucho mas las fuerzas del gusto.

Y firmó ; y siguiendo Belarminia dixo:

La muger ha de ser como el armiño , dexándose ántes prender , que enlodarse

Y firmó. La última que escribió fué la hermosa Deleasir , y dixo:

Sobre todas las acciones de esta vida tiene imperio la buena ó la mala suerte ; pero mas sobre los casamientos.

Esto fué lo que escribiéron nuestras damas y nuestros peregrinos : de lo que el español quedó agradecido y contento , y preguntándole Periandro si sabia algun aforismo de memoria de los que tenia allí escritos , le dixese. A lo que respondió , que solo uno diria , que le habia dado gran gusto , por la firma del que lo habia escrito , que decia:

No desees , y serás el mas rico hombre del mundo.

Y la firma decia : *Diego de Ratos , sorcobado , zapatero de viejo en Tordesillas , lugar en Castilla la Vieja , jun-*

to á *Valladolid*. Por Dios , dixo Antonio , que la firma está larga y tendida , y que el aforismo es el mas breve y compendioso que puede imaginarse ; porque está claro , que lo que se desea es lo que falta , y el que no desea , no tiene falta de nada , y así será el mas rico del mundo. Algunos otros aforismos dixo el español , que hicieron sabrosa la conversacion y la cena. Sentóse el peregrino con ellos , y en el discurso de la cena dixo : no daré el privilegio de este mi libro á ningun librero en Madrid si me da por él dos mil ducados : que allí no hay ninguno que no quiera los privilegios de valde , ó á lo ménos por tan poco precio , que no le luzga al autor del libro : verdad es que tal vez suelen comprar un privilegio , y imprimir un libro , con quien piensan enriquecer , y pierden en él el trabajo y la hacienda ; pero el de estos aforismos , escrito se lleva en la frente la bondad y la ganancia.



CAPITULO II.

Llegan á las cercanías de Roma, y en un bosque encuentran á Arnaldo y al Duque de Nemurs heridos en desafio.

Bien podía intitularse el libro del peregrino español: *Historia peregrina, sacada de diversos autores*: y dixera verdad, segun habian sido y iban siendo los que la componian: y no les dió poco que reir la firma de Diego de Ratos, el zapatero de viejo, y aun tambien les dió que pensar el dicho de Bartolomé el Manchego, que dixo: *que no habia carga mas pesada que la muger liviana*; señal que le debia de pesar ya la que llevaba en la moza de Talavera. En esto fuéron hablando otro dia, que dexáron al español moderno, y nuevo autor de nuevos y exquisitos libros: y aquel mismo dia viéron á Roma, alegrándoles las almas, de cuya alegría redundaba salud en los cuerpos.

Alborozáronse los corazones de Perian-
dro y de Auristela viéndose tan cerca
del fin de su deseo : los de Croriano y
Ruperta , y los de las tres damas fran-
cesas asimismo , por el buen suceso que
prometia el fin próspero de su viage:
entrando á la parte de este gusto los de
Constanza y Antonio. Heriales el sol
por zenit , á cuya causa , puesto que
está mas apartado de la tierra que en
ninguna otra sazón del dia , hiere con
mas calor y vehemencia : y habiéndoles
convidado una cercana selva que á su
mano derecha se descubria , determiná-
ron de pasar en ella el rigor de la sies-
ta que les amenazaba , y aun quizá la
noche , pues les quedaba lugar dema-
siado para entrar el dia siguiente en Ro-
ma. Hiciéronlo así , y mientras mas en-
traban por la selva adelante , la ame-
nidad del sitio , las fuentes que de en-
tre las yerbas salian , los arroyos que
por ella cruzaban , les iban confirman-
do en su mismo propósito. Tanto ha-
bian entrado en ella , quanto volvien-
do los ojos , viéron que estaban ya en-

cubiertos á los que por el real camino pasaban: y haciéndoles la variedad de los sitios variar en la imaginacion qual escogerian, segun eran todos buenos y apacibles, alzó acaso los ojos Auristela, y vió pendiente de la rama de un verde sauce un retrato del grandor de una quartilla de papel, pintado en una tabla no mas del rostro de una hermosísima muger; y reparando un poco en él conoció claramente ser su rostro el del retrato, y admirada y suspensa se le enseñó á Periandro: á este mismo instante dixo Croriano, que todas aquellas yerbas manaban sangre, y mostró los pies en caliente sangre teñidos. El retrato que luego descolgó Periandro, y la sangre que mostraba Croriano, los tuvo confusos á todos, y en deseo de buscar, así el dueño del retrato, como el de la sangre. No podia pensar Auristela quién, dónde, ó cuándo pudiese haber sido sacado su rostro; ni se acordaba Periandro, que el criado del duque de Nemurs le habia dicho, que el pintor que sacaba los de las tres da-

mas francesas , sacaria tambien el de Auristela , con no mas de haberla visto: que si de esto él se acordara , con facilidad diera en la cuenta de lo que no alcanzaba. El rastro que siguiéron de la sangre , llevó á Croriano y á Antonio , que le seguian , hasta ponerlos entre unos espesos árboles , que allí cerca estaban , donde viéron al pie de uno un gallardo peregrino sentado en el suelo , puestas las manos casi sobre el corazon , y todo lleno de sangre : vista que les turbó en gran manera ; y mas quando llegándose á él Croriano , le alzó el rostro , que sobre los pechos tenia derribado y lleno de sangre , y limpiándoselo con un lienzo , conoció sin duda alguna ser el herido el duque de Nemurs , que no bastó el diferente traje en que se hallaba para dexar de conocerle : tanta era la amistad que con él tenia. El duque herido , ó á lo ménos el que parecia ser el duque , sin abrir los ojos , que con la sangre los tenia cerrados , con mal pronunciadas palabras dixo : Bien hubieras hecho , ó

quien quiera que seas, enemigo mortal de mi descanso, si hubieras alzado un poco mas la mano, y dádome en mitad del corazon: que allí sí que hallaras el retrato mas vivo y mas verdadero que el que me hiciste quitar del pecho, y colgar en el arbol, porque no me sirviese de reliquia y de escudo en nuestra batalla. Hallóse Constanza en este hallazgo, y como naturalmente era de condicion tierna y compasiva, acudió á mirarle la herida, y á tomarle la sangre, ántes que á tener cuenta con las lastimosas palabras que decia. Casi otro tanto le sucedió á Periandro y á Auristela, porque la misma sangre les hizo partir adelante á buscar el origen de donde procedia, y hallaron entre unos verdes y crecidos juncos tendido otro peregrino, cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro que descubierta y limpio tenia: y así, sin tener necesidad de limpiársele, ni de hacer diligencia para conocerle, conociéron ser el príncipe Arnaldo, que mas desmayado que muerto estaba. La prime-

ra señal que dió de vida, fué probarse á levantar diciendo: No le llevarás, traidor, porque el retrato es mio, por ser el de mi alma: tú le has robado, y sin haberte yo ofendido en cosa, me quieres quitar le vida. Temblando estaba Auristela con la no pensada vista de Arnaldo: y aunque las obligaciones que le tenia le impelían á que á él se llegase, no osaba por la presencia de Periandro: el qual tan obligado como cortes, asió de las manos del príncipe, y con voz no muy alta, por no descubrir lo que quizá el príncipe querria que se callase, le dixo: volved en vos, señor Arnaldo, y vereis que estais en poder de vuestros mayores amigos, y que no os tiene tan desamparado el cielo, que no os podais prometer mejora de vuestra suerte. Abrid los ojos, digo, y vereis á vuestro amigo Periandro, y á vuestra obligada Auristela, tan deseosos de serviros como siempre. Contadnos vuestra desgracia, y todos vuestros sucesos, y prometeos de nosotros todo quanto nuestra industria y fuerzas al-

canzaren; decidnos si estais herido, y quién os hirió, y en qué parte, para que luego se procure vuestro remedio. Abrió en esto los ojos Arnaldo, y conociendo á los dos que delante tenia, como pudo, que fué con mucho trabajo, se arrojó á los pies de Auristela; puesto que abrazado tambien á los de Periandro, que hasta en aquel punto guardó el decoro á la honestidad de Auristela, en la qual puestos los ojos dixo: no es posible que no seás tú, señora, la verdadera Auristela, y no imágen suya, porque no tendria ningun espíritu licencia, ni ánimo para ocultarse debaxo de apariencia tan hermosa. Auristela eres sin duda, y yo tambien sin ella soy aquel Arnaldo, que siempre ha deseado servirte: en tu busca vengo, porque si no es parando en tí, que eres mi centro, no tendrá sosiego el alma mia. En el tiempo que esto pasaba, ya habian dicho á Croriano y á los demas el hallazgo del otro peregrino, y que daba tambien señales de estar malherido: oyendo lo qual Constanza, ha-

biendo tomado ya la sangre al duque, acudió á ver lo que habia menester el segundo herido, y quando conoció ser Arnaldo, quedó atónita y confusa: y supliendo su discrecion su sobresalto, sin entrar en otras razones le dixo que le descubriese sus heridas: á lo que Arnaldo respondió con señalarle con la mano derecha el brazo izquierdo, señal de que allí tenia la herida. Desnudóle luego Constanza, y hallósele por la parte superior atravesado de parte á parte: tomóle luego la sangre, que aún corria, y dixo á Periandro, como el otro herido que allí estaba era el duque de Nemurs, y que convenia llevarlos al pueblo mas cercano, donde fuesen curados, porque el mayor peligro que tenian, era la falta de la sangre. Al oír Arnaldo el nombre del duque se estremeció todo, y dió lugar á que los frios zelos se entrasen hasta el alma por las calientes venas, casi vacías de sangre; y así dixo, sin mirar lo que decía: alguna diferencia hay de un duque á un rey: pero en el estado del uno, ni del

otro, ni aun en el de todos los monarcas del mundo cabe el merecer á Auristela; y añadió y dixo: no me lleven adonde llevaren al duque, que la presencia de los agraviadores no ayuda nada á las enfermedades de los agraviados. Dos criados traía consigo Arnaldo, y otros dos el duque, los quales, por orden de sus señores los habian dexado allí solos, y ellos se habian adelantado á un lugar allí cercano para tenerles aderezado alojamiento cada uno de por sí, porque aún no se conocian. Miren tambien, dixo Arnaldo, si en un árbol de estos que están aquí á la redonda, está pendiente un retrato de Auristela, sobre quien ha sido la batalla que entre mí y el duque hemos pasado: quítese y déseme, porque me cuesta mucha sangre, y de derecho es mio. Casi esto mismo estaba diciendo el duque á Rupertar y á Croniano, y á los demás que con él estaban; pero á todos satisfizo Periandro, diciendo, que él le tenía en su poder como en depósito, y que le volvería en mejor coyuntura á

cuyo fuese. ¿Es posible. dixo Arnaldo. que se puede poner en duda la verdad de que el retrato sea mio? ¿No sabe ya el cielo, que desde el punto que ví el original, le trasladé en mi alma? pero téngale mi hermano Periandro, que en su poder no tendrán entrada los zelos, las iras y las soberbias de sus pretendores, y llévenme de aquí, que me desmayo. Luego acomodáron en que pudiesen ir los dos heridos, cuya vertida sangre, mas que la profundidad de las heridas, les iba poco á poco quitando la vida: y así los lleváron al lugar donde sus criados les tenían el mejor alojamiento que pudiéron: y hasta entónces no habia conocido el duque ser el príncipe Arnaldo su contrario.

CAPÍTULO III.

Entran en Roma y alójanse en la casa de un judío llamado Manasés.

Envidiosas y corridas estaban las tres damas francesas de ver que en la opi-

nion del duque estaba estimado el retrato de Auristela mucho mas que ninguno de los suyos : que el criado que envió á retratarlas , como se ha dicho, les dixo , que consigo los traía entre otras joyas de mucha estima ; pero que en el de Auristela idolatraba : razones y desengaño que las lastimó las almas, que nunca las hermosas reciben gusto, sino mortal pesadumbre , de que otras hermosuras igualen á las suyas , ni aunque se les comparen : porque la verdad que comunmente se dice de que toda comparacion es odiosa , en la de las bellezas viene á ser odiosísima , sin que amistades , parentescos, calidades y grandeza se opongán al rigor de esta maldita envidia , que así puede llamarse la que encendia las comparadas hermosuras. Dixo asimismo , que viniendo el duque su señor desde París buscando á la peregrina Auristela , enamorado de su retrato , aquella mañana se habia sentado al pie de un árbol con el retrato en las manos (que así hablaba con el muerto , como con el original vivo) y que

estando así habia llegado el otro peregrino tan paso por las espaldas, que pudo bien oír lo que el duque con el retrato hablaba, sin que yo y otro compañero mio lo pudiésemos estorbar, porque estábamos algo desviados. En fin, corrimos á advertir al duque, que le escuchaban: volvió el duque la cabeza y vió al peregrino, el qual sin hablar palabra, lo primero que hizo fué arremeter al retrato y quitársele de las manos al duque, que como le cogió de sobresalto, no tuvo lugar de defenderle, como él quisiera; y lo que le dixo fué, á lo ménos lo que yo pude entender: salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrílegas manos la que en ellas tienes: dexa esa tabla donde está pintada la hermosura del cielo, así porque no la mereces, como por ser ella mia. Eso no, respondió el otro peregrino; y si de esta verdad no puedo darte testigos, remitiré su falta á los filos de mi estoque, que en este bordon traygo oculto. Yo sí que soy el verdadero poseedor de esta incomparable be-

lleza , pues en tierras bien remotas de la que ahora estamos la compré con mis tesoros , y la adoré con mi alma , y he servido á su original con mi solicitud y con mis trabajos. El duque entónces, volviéndose á nosotros , nos mandó con imperiosas razones los dexásemos solos y que viniésemos á este lugar , donde le esperásemos , sin tener osadía de volver solamente el rostro á mirarles. Lo mismo mandó el otro peregrino á los dos que con él llegaron , que segun parece, tambien son sus criados. Con todo esto hurté algun tanto la obediencia á su mandamiento , y la curiosidad me hizo volver los ojos y ví que el otro peregrino colgaba el retrato de un árbol , no porque puntualmente lo viese , sino porque lo conjeturé , viendo que luego desenvaynando del bordon que tenia un estoque , ó á lo ménos una arma que lo parecia , acometió á mi señor , el que le salió á recibir con otro estoque que yo sé que en el bordon traía. Los criados de entrámbos quisimos volver á despartir la contienda ; pero yo fuí del con-

trario parecer , diciéndoles que pues era igual y entre dos solos , sin temor ni sospecha de ser ayudados de nadie , que los dexásemos y siguiésemos nuestro camino , pues en obedecerles no errábamos , y en volver quizá sí. Ahora sea lo que fuere , pues no sé si el buen consejo , ó la cobardía nos emperezó los pies y nos ató las manos , ó si la lumbre de los estoques , hasta entónces aun no sangrientos , nos cegó los ojos , que no acertábamos á ver el camino que habia desde allí al lugar de la pendencia , sino el que habia á este adonde ahora estamos. Llegamos aquí , hicimos el alojamiento con priesa , y con mas animoso discurso volvimos á ver lo que habia hecho la suerte de nuestros dueños : hallámoslos qual habeis visto , donde si vuestra llegada no los socorriera , bien sin provecho habia sido la nuestra. Esto dixo el criado , y esto escucháron las damas , y esto sintiéron de manera , como si fuéran amantes verdaderas del duque : y al mismo instante se deshizo en la imaginacion de cada una la qui-

mera y máquina , si alguna habia hecho ó levantado de casarse con el duque; que ninguna cosa quita , ó borra el amor mas presto de la memoria , que el desdén en los principios de su nacimiento : que el desdén en los principios del amor tiene la misma fuerza que tiene la hambre en la vida humana : á la hambre y al sueño se rinde la valentía , y al desdén los mas gustosos deseos. Verdad es que esto suele ser en los principios , que despues que el amor ha tomado larga y entera posesion del alma, los desdenes y desengaños le sirven de espuelas para que con mas ligereza corra á poner en efecto sus pensamientos. Curáronse los heridos , y dentro de ocho dias estuviéron para ponerse en camino y llegar á Roma, de donde habian venido cirujanos á verlos. En este tiempo supo el duque como su contrario era príncipe heredero del reyno de Dinamarca , y supo asimismo la intencion que tenia de escogerla por esposa: esta verdad calificó en él sus pensamientos , que eran los mismos que los de Ar-

naldo. Parecióle que la que era estimada para reyna, lo podia ser para duquesa; pero entre estos pensamientos, entre estos discursos é imaginaciones se mezclaban los zelos de manera, que le amargaban el gusto y le turbaban el sosiego. En fin se llegó el dia de su partida, y el duque y Arnaldo cada uno por su parte entró en Roma sin darse á conocer á nadie: y los demas peregrinos de nuestra compañía, llegando á la vista de ella, desde un alto montecillo la descubriéron, é hincados de rodillas, como á cosa sacra la adoráron, quando de entre ellos salió una voz de un peregrino que no conociéron, que con lágrimas en los ojos comenzó á decir de esta manera.

O grande, ó poderosa, ó sacrosanta alma ciudad de Roma, á ti me inclino devoto, humilde y nuevo peregrino, á quien admira ver belleza tanta.

Tu vista, que á tu fama se adelanta, al ingenio suspende, aunque divino,

de aquel que á verte y adorarte vino
con tierno afecto y con desnuda planta.

La tierra de tu suelo que contemplo
con la sangre de mártires mezclada,
es la reliquia universal del suelo.

No hay parte en tí , que no sirva de
exemplo
de santidad , así como trazada
de la ciudad de Dios al gran modelo.

Quando acabó de decir este soneto
el peregrino , se volvió á los circunstan-
tes diciendo: habrá pocos años que lle-
gó á esta santa ciudad un poeta español,
enemigo mortal de sí mismo y deshonra
de su nacion , el qual hizo y compuso
un soneto en vituperio de esta insigne
ciudad , y de sus ilustres habitantes;
pero la culpa de su lengua pagará su
garganta si le cogiéran : yo no como
poeta , sino como cristiano , casi como en
descuento de su cargo , he compuesto
el que habeis oido. Rogóle Periandro
que le repitiese , hizolo así , alabáron-

sele mucho , baxáron del recuesto , pasáron por los prados de Madama , entráron en Roma por la puerta del Pópulo , besando primero una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa : ántes de la qual llegóron dos judíos á uno de los criados de Croriano , y le preguntáron si toda aquella esquadra de gente tenia estancia conocida y preparada donde alojarse ; si no , que ellos se la darian tal que pudiesen en ella alojarse príncipes : porque habeis de saber , señor , dixéron , que nosotros somos judíos : yo me llamo Zabulon y mi compañero Abiud : tenemos por oficio adornar casas de todo lo necesario , segun y como es la calidad del que quiere habitarlas , y allí llega su adorno donde llega el precio que se quiere pagar por ellas. A lo que el criado respondió : otro compañero mio desde ayer está en Roma con intencion que tenga preparado el alojamiento conforme á la calidad de mi amo y de todos aquellos que aquí vienen. Que me manten , dixo Abiud , si no es este el fran-

ces que ayer se contentó con la casa de nuestro compañero Manasés, que la tiene aderezada como casa real. Vamos, pues, adelante, dixo el criado de Croriano, que mi compañero debe de estar por aquí esperando á ser nuestra guia: y quando la casa que tuviere no fuere tal, nos encomendarémos á la que nos diere el señor Zabulon. Con esto pasáron adelante, y á la entrada de la ciudad viéron los judíos á Manasés su compañero y con él al criado de Croriano, por donde viniéron en conocimiento que la posada que los judíos habian pintado, era la rica de Manasés: y así alegres y contentos guiáron á nuestros peregrinos que estaban junto al arco de Portugal. Apénas entráron las francesas damas en la ciudad, quando se lleváron tras sí los ojos de casi todo el pueblo, que por ser dia de estacion, estaba llena aquella calle de nuestra Señora del Pópulo de infinita gente; pero la admiracion que comenzó á entrar poco á poco en los que á las damas francesas miraban, se acabó de entrar mucho á mucho en los co-

razones de los que viéron á la sin par Auristela, y á la gallarda Constanza que á su lado iba : bien así como van por iguales paralelos dos lucientes estrellas por el cielo. Tales iban, que dixo un romano (que á lo que se cree debia de ser poeta) : yo apostaré que la Diosa Vénus, como en los tiempos pasados, vuelve á esta ciudad á ver las reliquias de su querido Eneas. Por Dios que hace mal el señor gobernador de no mandar que se cubra el rostro de esta movable imágen : ¿quiere por ventura que los discretos se admiren, que los tiernos se deshagan y que los necios idolatren? Con estas alabanzas, tan hipérboles como no necesarias, pasando adelante el gallardo esquadron, llegó al alojamiento de Manasés, bastante para alojar á un poderoso príncipe y á un mediano ejército.

CAPITULO IV.

De lo que pasó entre Arnaldo y Periandro, y entre el duque de Nemurs y Croriano.

Extendióse aquel mismo dia la llegada de las damas francesas por toda la ciudad con el gallardo esquadron de los peregrinos : especialmente se divulgó la desigual hermosura de Auristela , encariéndola , si no como ella era , á lo ménos quanto podian las lenguas de los mas discretos ingenios. Al momento se coronó la casa de los nuestros de mucha gente , que los llevaba la curiosidad y el deseo de ver tanta belleza junta , segun se habia publicado. Llegó esto á tanto extremo , que desde la calle pedian á voces se asomasen á las ventanas las damas y las peregrinas , que reposando no querian dexar verse : especialmente clamaban por Auristela ; pero no fué posible que se dexase ver ninguna de ellas. Entre la demas gente que lle-

gó á la puerta, llegaron Arnaldo y el duque con sus hábitos de peregrinos: y apénas se hubo visto el uno al otro, quando á entrámbos les tembláron las piernas y les palpitáron los pechos. Conociólos Periandro desde la ventana: díxoselo á Croriano, y los dos juntos baxáron á la calle para estorbar en quanto pudiesen la desgracia que podían temer de dos tan zelosos amantes. Periandro se pasó con Arnaldo, y Croriano con el duque, y lo que Arnaldo dixo á Periandro fué: uno de los cargos mayores que Auristela me tiene, es el sufrimiento que tengo, consintiendo que este caballero frances, que dicen ser el duque de Nemurs, esté como en posesion del retrato de Auristela, que puesto que está en tu poder, parece que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mio. Mira amigo, Periandro, en esta enfermedad que los amantes llaman zelos (que la llamáran mejor desesperacion rabiosa) entran á la parte con ella la envidia y el menosprecio: y quando una vez se apodera del alma enamorada, no

hay consideracion que la sosiegue , ni remedio que la valga : y aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efectos que hace son tan grandes , que por lo ménos quitan el seso y por lo mas la vida : que mejor es al amante zeloso el morir desesperado que vivir con zelos : y el que fuere amante verdadero, no ha de tener atrevimiento para pedir zelos á la cosa amada : y puesto que llegue á tanta perfeccion que no los pida, no puede dexarlos de pedir á sí mismo, digo á su misma ventura , de la qual es imposible vivir seguro : porque las cosas de mucho precio y valor tienen en continuo temor al que las posee , ó al que las ama de perderlas : y esta es una pasion que no se aparta del alma enamorada como accidente inseparable. Aconséjote (ó amigo Periandro !) si es que puede dar consejo quien no le tiene para sí, que consideres que soy rey , y que quiero bien , y por mil experiencias estás satisfecho y enterado de que cumpliré con las obras quanto con palabras he prometido de recibir á la sin par Au-

ristela tu hermana , sin otra dote que la grande que ella tiene en su virtud y hermosura : y que no quiero averiguar la nobleza de su linage , pues está claro, que no habia de negar naturaleza los bienes de la fortuna á quien tantos dió de sí misma. Nunca en humildes sujetos, ó pocas veces, hacen su asiento virtudes grandes : y la belleza del cuerpo muchas veces es indicio de la belleza del alma ; y para reducirme á un término solo , te digo lo que otras veces te he dicho , que adoro á Auristela , hora sea de linage del cielo , hora de los ínfimos de la tierra : y pues ya está en Roma , adonde ella ha librado mis esperanzas , sé tú (¡ó hermano mio !) parte para que me las cumpla, que desde aquí parto mi corona y mi reyno contigo : y no permitas que yo muera escarnecido de este duque , ni menospreciado de la que adoro. A todas estas razones, ofrecimientos y promesas , respondió Periandro diciendo : si mi hermana teviera culpa en las causas que este duque ha dado á tu enojo , si no la castigara , á lo ménos la

riñera, que para ella fuera un gran castigo; pero como sé que no la tiene, no tengo que responderte. En esto de haber librado tus esperanzas en su venida á esta ciudad, como no sé adonde llegan las que te ha dado, no sé qué responderte. De los ofrecimientos que me haces y me has hecho, estoy tan agradecido, como me obliga el ser tú el que los haces, y yo á quien se hacen: porque, con humildad sea dicho, ó valeroso Arnaldo, quizá esta pobre muceta de peregrino sirve de nube, que por pequeña que sea suele quitar los rayos al sol: y por ahora sosiégate, que ayer llegamos á Roma y no es posible que en tan breve espacio se hayan fabricado discursos, dado trazas y levantado quimeras, que reduzgan nuestras acciones á los felices fines que deseamos. Huye en quanto te fuere posible de encontrarte con el duque, porque un amante desdeñado y flaco de esperanzas, suele tomar ocasion del despecho para fabricarlas, aunque sea en daño de lo que bien quiere. Arnaldo le prometió que así lo haria, y le ofreció

prendas y dineros para sustentar la autoridad y el gasto , así el suyo como el de las damas francesas. Diferente fué la plática que tuvo Croriano con el duque , pues toda se resolvió en que habia de cobrar el retrato de Auristela , ó habia de confesar Arnaldo no tener parte en él. Pidió tambien á Croriano fuese intercesor con Auristela le recibiese por esposo ; pues su estado no era inferior al de Arnaldo , ni en la sangre le hacia ventaja ninguna de las mas ilustres de Europa. En fin , él se mostró algo arrogante y algo zeloso , como quien tan enamorado estaba. Croriano se le ofreció asimismo , y quedó en darle la respuesta que dixese Auristela al proponerle la ventura que se le ofrecia de recibirle por esposo.



CAPÍTULO V.

*De como por medio de Croriano fueron libres Bartolomé y la Talavera-
na, que estaban sentenciados á
muerte.*

De esta manera los dos contrarios celosos y amantes, cuyas esperanzas tenían fundadas en el ayre, se despidieron, el uno de Periandro y el otro de Croriano, quedando ante todas cosas en reprimir sus ímpetus, y disimular sus agravios, á lo ménos hasta tanto que Auristela se declarase: de la qual cada uno esperaba que habia de ser en su favor, pues al ofrecimiento de un reyno, y al de un estado tan rico como el del duque, bien se podia pensar que habia de titubear qualquier firmeza, y mudarse el propósito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas, y apetecerse la mejoría de los estados: especialmente suele ser este deseo mas vivo en las mugeres. De todo

esto estaba bien descuidada Auristela, pues todos sus pensamientos por entón- ces no se extendian á mas , que de enterarse en las verdades que á la salva- cion de su alma convenian : que por ha- ber nacido en partes tan remotas , y en tierras adonde la verdadera fe católica no está en el punto tan perfecto co- mo se requiere , tenia necesidad de acri- solarla en su verdadera oficina. Al apar- tarse Periandro de Arnaldo , llegó á él un hombre español , y le dixo : segun traygo las señas, si es que vuesa mer- ced es español , para vuesa merced vie- ne esta carta. Púsole una en las manos cerrada , cuyo sobrescrito decia : *al ilus- tre señor Antonio de Villaseñor*, por otro nombre llamado *el Bárbaro*. Preguntóle Periandro que quién le habia dado aque- lla carta. Respondióle el portador , que un español que estaba preso en la carcel que llaman Torre de Nona , y por lo ménos condenado á ahorcar por homici- da él y otra su amiga , muger hermo- sa , llamada *la Talaverana*. Conoció Pe- riandro los nombres , y casi adivinó sus

culpas, y respondió: esta carta no es para mí, sino para este peregrino que hácia acá viene, y fué así, porque en aquel instante llegó Antonio, á quien Perianandro dió la carta; y apartándose los dos á una parte, la abrió, y vió que así decia:

„Quien en mal anda, en mal para;
 „de dos pies, aunque el uno esté sano,
 „si el otro está cojo, tal vez cojea, que
 „las malas compañías no pueden ense-
 „ñar buenas costumbres. La que yo tra-
 „vé con la Talaverana, que no debie-
 „ra, me tiene á mí y á ella sentencía-
 „dos de remate para la horca. El hom-
 „bre que la sacó de España, la halló
 „aquí en Roma en mi compañía: reci-
 „bió pesadumbre de ello, asentóle la
 „mano en mi presencia, y yo que no
 „soy amigo de burlas, ni de recibir agra-
 „vios, sino de quitarlos, volví por la
 „moza, y á puros palos maté á su agra-
 „viador. Estando en la fuga de esta pen-
 „dencia llegó otro peregrino, que por
 „el mismo estilo comenzó á tomarme
 „la medida de las espaldas: dice la mo-

za, que conoció que el que me apa-
 leaba era un su marido de nacion po-
 laco, con quien se habia casado en Ta-
 lavera : y temiéndose que en acaban-
 do conmigo, habia de comenzar por
 ella, porque le tenia agraviado, no
 hizo mas de echar mano á un cuchi-
 llo de dos cortes que traía consigo
 siempre en la vayna, y llegándose á
 él bonitamente, se le clavó por los
 riñones, haciéndole tales heridas, que
 no tuviéron necesidad de maestro. En
 efecto, el amigo á palos, y el marido
 á puñaladas, en un instante concluyé-
 ron la carrera mortal de su vida. Pren-
 diéronnos al mismo punto, y traxé-
 ronnos á esta cárcel, donde quedamos
 muy contra nuestra voluntad. Tomá-
 ronnos la confesion : confesamos nues-
 tro delito, porque no le podíamos ne-
 gar, y con esto ahorramos el tormen-
 to que aquí llaman tortura. Sustan-
 cióse el proceso, dándose mas priesa á
 ello de lo que quisiéramos : ya está
 concluso, y nosotros sentenciados á
 destierro, sino que es de esta vida pa-

„ra la otra. Digo , señor , que estamos
„sentenciados á ahorcar , de lo que está
„tan pesarosa la Talaverana , que no lo
„puede llevar en paciencia : la qual be-
„sa á vuesa merced las manos , y á mi
„señora Constanza , y al señor Perian-
„dro , y á mi señora Auristela ; y dice
„que ella se holgara de estar libre para
„ir á besárselas á vuestas mercedes á sus
„casas. Dice tambien , que si la sin par
„Auristela pone aldas en cinta , y quie-
„re tomar á su cargo nuestra libertad,
„que le será fácil : porque ¿ qué pedirá
„su grande hermosura que no lo alcan-
„ce , aunque se lo pida á la dureza mis-
„ma? Y añade mas , y es , que si vuestas
„mercedes no pudieren alcanzar el per-
„don , á lo ménos procuren alcanzar el
„lugar de la muerte , y que como ha
„de ser en Roma , sea en España : por-
„que está informada la moza que aquí
„no llevan los ahorcados con la autori-
„dad conveniente , porque van á pie , y
„apénas los ve nadie , y así apénas hay
„quien le rece una Ave María , especial-
„mente si son españoles los que ahor-

can : y ella querria , si fuese posible,
morir en su tierra , y entre los suyos,
donde no faltaria algun pariente que
de compasion le cerrase los ojos. Yo
tambien digo lo mismo , porque soy
amigo de acomodarme á la razon : por-
que estoy tan mohino en esta cárcel,
que á trueco de excusar la pesadum-
bre que me dan las chinches en ella,
tomaria por buen partido que me sa-
casen á ahorcar mañana. Y advierto á
vuesa merced , señor mio , que los
jueces de esta tierra no desdican nada
de los españoles : todos son corteses,
y amigos de dar y recibir cosas jus-
tas , y que quando no hay parte que
solicite la justicia , no dexan de llegar-
se á la misericordia : la qual si reyna
en todos los valerosos pechos de vue-
sas mercedes (que sí debe de reynar),
sugeto hay en nosotros en que se mues-
tre , pues estamos en tierra agena , pre-
sos en la cárcel , comidos de chinches,
y de otros animales inmundos , que son
muchos por pequeños , y enfadan co-
mo si fuesen grandes : y sobre todo nos

„tienen ya en cueros , y en la quinta
 „esencia de la necesidad solicitadores,
 „procuradores y escribanos , de quien
 „Dios nuestro señor nos libre por su
 „infinita bondad , amen. Aguardando la
 „respuesta quedamos , con tanto deseo
 „de recibirla buena , como le tienen los
 „zigoñinos en la torre esperando el sus-
 „tento de sus madres.” Y firmaba : *El*
desdichado Bartolomé Manchego.

En extremo dió la carta gusto á los
 dos que la habian leído , y en extremo
 les fatigó su afliccion : y luego dicién-
 dolo al que la habia llevado dixese al
 preso que se consolase y tuviese espe-
 ranza de su remedio , porque Auriste-
 la y todos ellos con todo aquello que
 dádivas y promesas pudiesen le procu-
 rarian ; y al punto fabricáron las dili-
 gencias que habian de hacerse. La prime-
 ra fué , que Croriano hablase al emba-
 xador de Francia , que era su pariente
 y amigo , para que no se executase la
 pena tan presto , y diese lugar el tiem-
 po á que le tuviesen los ruegos y las
 solicitudes. Determinó tambien Antonio

de escribir otra carta en respuesta de la suya á Bartolomé, con que de nuevo se renovase el gusto que les habia dado la suya; pero comunicando este pensamiento con Auristela, y con su hermana Constanza, fuéron las dos de parecer que no se la escribiese, porque á los afligidos no se ha de añadir afliccion: y podria ser que tomasen las bur-las por véras, y se afligiesen con ellas. Lo que hiciéron fué dexar todo el cargo de aquella negociacion sobre los hombros y diligencia de Croriano, y en las de Ruperta su esposa, que se lo rogó ahincadamente; y en seis dias ya estaban en la calle Bartolomé y la Talaverana: que adonde interviene el favor y las dádivas, se allanan los riscos, y se deshacen las dificultades. En este tiempo le tuvo Auristela de informarse de todo aquello que á ella le parecia que le faltaba por saber de la fe católica: á lo ménos de aquello que en su patria escuramente se platicaba. Halló con quien comunicar su deseo por medio de los penitenciarrios, con quien

hizo su confesion entera , verdadera y llana , y quedó enseñada y satisfecha de todo lo que quiso : porque los tales penitenciaros en la mejor forma que pudieron le declaráron todos los principales y mas convenientes misterios de nuestra santa fe. Comenzáron desde la envidia y soberbia de Lucifer , y de su caida con la tercera parte de las estrellas que cayéron con él en los abismos: caida que dexó vacas y vacías las sillas del cielo , que las perdiéron los ángeles malos por su necia culpa. Declaráronle el medio que Dios tuvo para llenar estos asientos criando al hombre , cuya alma es capaz de la gloria que los ángeles malos perdiéron. Discurriéron por la verdad de la creacion del hombre y del mundo , y por el misterio sagrado y amoroso de la encarnacion : y con razones sobre la razon misma bosquejaron el profundísimo misterio de la santísima Trinidad : contáron como convino que la segunda persona de las tres , que es la del Hijo , se hiciese hombre , para que como hombre Dios pagase por el

hombre, y Dios pudiese pagar como Dios: cuya union hipostática solo podia ser bastante para dexar á Dios satisfecho de la culpa infinita cometida que Dios infinitamente se habia de satisfacer, y el hombre finito por sí no podia, y Dios en sí solo era incapaz de padecer; pero juntos los dos, llegó el caudal á ser infinito, y así lo fué la paga. Mostráronle la muerte de Cristo, los trabajos de su vida, desde que se mostró en el pesebre hasta que se puso en la cruz. Exâgeráronle la fuerza y eficacia de los sacramentos, y señaláronle con el dedo la segunda tablæ de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la qual no hay abrir la senda del cielo, que suele cerrar el pecado. Mostráronle asimismo á Jesucristo Dios vivo sentado á la diestra del Padre, estando tan vivo y entero como en el cielo sacramentado en la tierra: cuya santísima presencia no la puede dividir ni apartar ausencia alguna; porque uno de los mayores atributos de Dios (que todos son iguales) es el estar en todo lugar por potencia, por esen-

cia y por presencia. Aseguráronle infaliblemente la venida de este Señor á juzgar el mundo sobre las nubes del cielo: y asimismo la estabilidad y firmeza de su Iglesia , contra quien pueden poco las puertas , ó por mejor decir , las fuerzas del infierno. Tratáron del poder del sumo Pontífice , visorey de Dios en la tierra , y llavero del cielo. Finalmente no les quedó por decir cosa que viéron que convenia para darse á entender , y para que Auristela y Periandro los entendiesen. Estas liciones así alegráron sus almas , que las sacó de sí mismas , y se las llevó á que paseasen los cielos , porque solo en ellos pusieron sus pensamientos.

CAPITULO VI.

Contienda entre Arnaldo y el Duque de Nemurs sobre la compra de un retrato de Auristela.

Con otros ojos se miráron de allí adelante Auristela y Periandro ; á lo mé-

nos con otros ojos miraba Periandro á Auristela, pareciéndole que ya ella habia cumplido el voto que la traxo á Roma, y que podia libre y desembaradamente recibirle por esposo; pero si medio gentil amaba Auristela la honestidad, despues de catequizada la adoraba: no porque viese iba contra ella en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos, sin que precediesen ántes ó fuerzas ó ruegos. Tambien estaba mirando si por alguna parte le descubria el cielo alguna luz que le mostrase lo que habia de hacer despues de casada: porque pensar volver á su tierra lo tenia por temeridad y disparate, á causa que el hermano de Periandro, que la tenia destinada para ser su esposa, quizá viendo burladas sus esperanzas, tomaria en ella y en su hermano Periandro venganza de su agravio. Estos pensamientos y temores la traian algo flaca y algo pensativa. Las damas francesas visitáron los templos, y anduviéron las estaciones con pompa y magestad, porque Croriano, como se ha di-

cho , era pariente del embaxador de Francia , y no les faltó cosa que para mostrar ilustre decoro fuese necesaria, llevando siempre consigo á Auristela y á Constanza : y ninguna vez salian de casa, que no las seguia casi la mitad del pueblo de Roma : y sucedió que pasando un dia por una calle que se llamaba Bancos , viéron en una pared de ella un bello retrato entero de pies á cabeza de una muger que tenia una corona en la cabeza , aunque partida por medio la corona , y á los pies un mundo , sobre el qual estaba puesta ; y apénas le hubiéron visto , quando conociéron ser el rostro de Auristela , tan al vivo dibuxado , que no les puso duda de conocerle. Preguntó Auristela admirada, cuyo era aquel retrato , y si se vendia acaso. Respondióle el dueño (que segun despues se supo era un famoso pintor) que él vendia aquel retrato ; pero no sabia de quien fuese : solo sabia que otro pintor su amigo se le habia hecho copiar en Francia , el qual le habia dicho ser de una doncella extrangera, que

en hábitos de peregrina pasaba á Roma. ¿Que significa, respondió Auristela, haberla pintado con corona en la cabeza, y los pies sobre aquella esfera, y mas estando la corona partida? Eso, señora, dixo el dueño, son fantasías de pintores, ó caprichos, como los llaman: quizá quieren decir que esta doncella merece llevar la corona de la hermosura, y que ella va hollando aquel mundo; pero yo quiero decir que dice que vos, señora, sois su original, y que mereceis corona entera, y no mundo pintado, sino real y verdadero. ¿Que pedís por el retrato? preguntó Constanza. A lo que respondió el dueño: dos peregrinos estan aquí, que el uno de ellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dice que no le dexará por ningun dinero: yo no he concluido la venta, por parecerme que se están burlando, porque la exôrbitancia del ofrecimiento me hace estar en duda. Pues no lo esteis, replicó Constanza, que esos dos peregrinos, si son los que yo imagino, bien pueden doblar el precio, y pagaros á toda

vuestra satisfaccion. Las damas francesas, Ruperta, Croriano y Periandro quedáron atónitos de ver la verdadera imágen del rostro de Auristela en el del retrato. Cayó la gente que el retrato miraba en que parecia al de Auristela, y poco á poco comenzó á salir una voz, que todos y cada uno de por sí afirmaba: este retrato que se vende es el mismo de esta peregrina que va en este coche: ¿para qué queremos ver al traslado, sino al original? y así comenzáron á rodear el coche, que los caballos no podian ir adelante ni volver atras; por lo qual dixo Periandro: Auristela, hermana, cúbrete el rostro con algun velo, porque tanta luz ciega, y no nos dexa ver por donde caminamos. Hízolo así Auristela, y pasáron adelante; pero no por esto dexó de seguirlos mucha gente, que esperaba á que se quitase el velo para verla como deseaban. Apénas se hubo quitado de allí el coche, quando se llegó al dueño del retrato Arnaldo en sus hábitos de peregrino, y dixo: yo soy el que os ofrecí los mil es-

cudos por este retrato , si le quereis dar, traedle , y veníos conmigo , que yo os los daré luego de oro en oro. A lo que otro peregrino , que era el duque de Nemurs , dixo : no repareis , hermano , en precio , sino veníos conmigo , y proponed en vuestra imaginacion el que quisiéredes , que yo os le daré luego de contado. Señores , respondió el pintor , concertaos los dos en qual le ha de llevar , que yo no me descncertaré en el precio , puesto que pienso que ántes me habeis de pagar con el deseo que con la obra. A estas pláticas estaba atenta mucha gente , esperando en qué habia de parar aquella compra , porque ver ofrecer millaradas de ducados á dos , al parecer pobres peregrinos , parecíales cosa de burla. En esto dixo el dueño : el que le quisiere , déme señal y guie , que yo ya le descuelgo para llevársele : oyendo lo qual Arnaldo , puso la mano en el seno , y sacó una cadena de oro con una joya de diamantes que de ella pendia , y dixo : tomad esta cadena , que con esta joya vale mas de dos mil escudos,

y traedme el retrato. Esta vale diez mil, dixo el duque, dándole una de diamantes al dueño del retrato, y trahédmele á mi casa. Santo Dios, dixo uno de los circunstantes, ¿qué retrato puede ser este, qué hombres estos, y qué joyas estas? cosa de encantamiento parece aquesta: por eso os aviso, hermano pintor, que deis un toque á la cadena, y hagais experiencia de la fineza de las piedras ántes que deis vuestra hacienda; que podria ser que la cadena y las joyas fuesen falsas, porque del encarecimiento que de su valor han hecho, bien se puede sospechar. Enojáronse los príncipes; pero por no echar mas en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterase en la verdad del valor de las joyas. Andaba revuelta toda la gente de Bancos, unos admirando el retrato, otros preguntando quien fuesen los peregrinos, otros mirando las joyas, y todos atentos esperando quien habia de quedar con el retrato: porque les parecia que estaban de parecer los dos peregrinos de no

dexarle por ningun precio: diérale el dueño por mucho ménos de lo que le ofrecian si se le dexaran vender libremente. Pasó en esto por Bancos el gobernador de Roma, oyó el murmurio de la gente, preguntó la causa, vió el retrato, y vió las joyas; y pareciéndole ser prendas de mas que de ordinarios peregrinos, esperando descubrir algun secreto, las hizo depositar, y llevar el retrato á su casa, y prender á los peregrinos. Quedóse el pintor confuso viendo menoscabadas sus esperanzas, y su hacienda en poder de la justicia, donde jamas entró alguna que si saliese fuese con aquel lustre con que habia entrado. Acudió el pintor á buscar á Periandro, y á contarle todo el suceso de la venta, y del temor que tenia no se quedase el gobernador con el retrato; el qual de un pintor que le habia retratado en Portugal de su original, le habia él comprado en Francia, cosa que le pareció á Periandro posible, por haber sacado otros muchos en el tiempo que Auristela estuvo